

No Oigo... soy de Palo Gobierno y Sociedad

—POR LORENZO MEYER—

NINGUN Estado, por rico y poderoso que sea, puede responder a todas las demandas que se le plantean desde la sociedad. La naturaleza íntima de la política consiste precisamente en asignar los recursos sociales —siempre escasos— entre los individuos, los grupos y las clases. Para evitar verse inundado por demandas a las que no puede o no quiere dar respuesta, el Estado tiende a controlar la naturaleza y funcionamiento de los canales por los cuales los múltiples y contradictorios intereses sociales presentan a los gobernantes sus deseos y preferencias.

El régimen que surgió de nuestra revolución de 1910 asumió una forma democrática, pero tuvo el cuidado de desarrollar una práctica distinta que le permitió un control bastante efectivo de los principales medios de expresión de las demandas políticas del mexicano común y corriente: partidos, sindicatos, etc. Es precisamente ese control sobre varias de las principales instituciones que ligán a la sociedad con el gobierno, lo que hace que nuestro sistema político haya sido definido como autoritario; un autoritarismo atemperado por el populismo, pero autoritarismo al fin y al cabo.

★

ES verdad que desde un principio, las masas organizadas fueron reconocidas por la élite revolucionaria como actores políticos legítimos, pero sólo a cambio de que no ejercieran plenamente la independencia a la que se suponía tenían derecho. Es en esta alianza subordinada de los sindicatos y agrupaciones campesinas con un gobierno extraordinariamente presidencialista, donde se encuentra buena parte de la explicación de la notable estabilidad de la vida pública mexicana, así como del actual modelo de desarrollo industrial y de la desigual distribución de la riqueza.

Ahora que este modelo económico ha fallado y que nos enfrentamos a una inflación sin precedente para la gran mayoría de los mexicanos, la adormilada

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

No Oigo... soy de Palo

Sigue de la página seis

conciencia sindical y de clase se ha despertado en muchos sectores de la sociedad, y ese cambio está sometiendo a una dura prueba la capacidad del sistema y de sus dirigentes para tratar de conciliar lo irreconciliable. Veamos, por una parte el mundo exterior que antes nos facilitó 83 mil millones de dólares en préstamos, ahora nos pide disciplina fiscal y ortodoxia económicas. Por otro lado, las organizaciones sindicales piden estabilidad en el empleo y la restitución —al menos parcial— del poder adquisitivo.

La estrategia que la administración del Presidente Miguel de la Madrid ha elegido para salir de esta crisis, consiste en usar al máximo las posibilidades autoritarias de nuestro sistema político para contro-

lar, sin violencia, las demandas sociales. Para ello decidió tomar distancia de lo que había sido la principal base social del régimen: el movimiento sindical oficial en general y la CTM en especial. Ante demandas relativamente moderadas de los líderes del sindicalismo priista, el Presidente respondió, en Guadalajara, negando a Fidel Velázquez el carácter de interlocutor responsable. A fin de cuentas, los aumentos salariales de emergencia que se han dado este mes —y que han fluctuado alrededor de un pobre 15%— no fueron realmente negociados sino impuestos.

EL sindicalismo oficial parece haber aceptado el castigo, pero el sindicalismo independiente objetó de inmediato la forma y contenido de esta política, con el resultado de que el Estado no les ha ofrecido nada, excepto la posibilidad de negociar los términos de su rendición: Uramex, UNAM, UAM, etc. Después del salario de emergencia, resulta claro el plan de batalla del gobierno para capear la crisis y se le puede resumir así: encerrarse en sí mismo, echar cerrojo en las compuertas de los viejos canales que unen a la sociedad con el gobierno, y vigilar de cerca a los focos de disidencia para evitar que la oposición trate de encauzar la enorme frustración social que existe.

Dada la innegable debilidad de la oposición, el control del gobierno sobre el grueso del movimiento sindical, y la carencia de una cultura política que propicie la acción independiente de los actores sociales, es posible que pueda tener éxito el plan político de la administración para imponer sus prioridades en la coyuntura. Es posible que por el momento el gobierno logre que se acepte el enorme sacrificio que se ha impuesto al grueso de la sociedad mexicana. Todo esto sin que las formas tradicionales de control político se alteren en lo fundamental, y sin que la violencia estalle. Pero esta estrategia va a tener que variar, pues ni los niños pueden deshacerse de una realidad desagradable con sólo repetir una y otra vez: "no oigo, no oigo... soy de palo". La siguiente vez habrá que oír, habrá que negociar, o de lo contrario la realidad les va a estallar entre las manos a los arquitectos de la austeridad sin desarrollo.